



por Claudio Magris
Corriere della Sera

El general y su verdugo

En 1974, una bomba, en Buenos Aires, hizo volar por los aires un automóvil, asesinando a dos personas, al general Carlos Prats González y a su esposa, doña Sofía Cuthbert Chiarleoni. El terrorista asesino, el que ordenó el doble homicidio, es un hombre, en este caso, doblemente traidor: el general Augusto Pinochet, ilegítimo presidente de la República de Chile. Traidor a su país, del que -violando su juramento de fidelidad de soldado de la Patria- se adueñó con un golpe digno de un pillo y que sometió a

una feroz e indecente tiranía. Traidor a su comandante, el general Prats, que contrariamente a él se merece las estrellas de soldado leal y que había sido ministro del Interior del gobierno de Salvador Allende.

Pinochet -escuálida versión moderna de Gano di Maganza, el felón que traiciona a Orlando en Roncisvalle- tomó su lugar cuando Prats dimitió; luego, le dio un golpe de Estado al gobierno de Salvador Allende y destruyó la democracia, encarcelando y mandando torturar a muchos y supuestos opositores.

El general Prats ya no ostentaba ningún puesto político y no representaba un peligro para el malviviente instalado en el palacio presidencial, pero, evidentemente, las personas de bien y los soldados leales les dan miedo a aquellos que tienen las manos manchadas de sangre y las esconden como lo hace un niño con las manos sucias de mermelada porque teme que le den unas nalgadas. El solo hecho de estar vivo era, para el general Prats, una culpa y una razón de temor para el régimen, que pensó en asegurarse con la tranquilidad que le proporcionaba esa bomba terrorista, quitando de en medio a Prats y a "su esposa", como decía la nota periodística, con una expresión española que manifiesta, mucho más que el término "mujer", la sacralización conyugal de la vida indisolublemente compartida en la buena y en la mala suerte.

Entre las víctimas y los opositores de la dictadura de Pinochet, la figura del general Prats era y sigue estando, obviamente, viva y presente, sigue siendo un símbolo de honestidad, de fidelidad y de resistencia. Por lo tanto, no resulta extraño que sus memorias, publicadas -obviamente en el extranjero, en México- en 1976 con el título *Una vida por la legalidad*, hayan sido leídas con pasión y fervor por aquellos que aman la libertad, por los chilenos obligados al exilio, y citadas por periodistas, estudiosos y políticos de diversos países, capitalistas y comunistas. Se habló de ellas en el *New York Times* y en *Le Monde*; el ex embajador norteamericano en Santiago, Nathaniel Davis, las cita ampliamente en su libro sobre el golpe -querido y auspiciado por Estados Unidos- de Pinochet; incluso aparecieron ediciones piratas de las memorias. En el Chile de la dictadura circulaba una versión clandestina, con un postfacio

firmado por el Partido Comunista. Sin embargo, años después -al irse relajando la censura, en un intento del gobierno por buscar consenso-, las hijas del general Prats publican "las memorias auténticas" de su padre, que ellas reencontraron en Buenos Aires; las cuales, se creía, habían sido robadas por los asesinos mismos. En el prefacio, las hijas dicen que las memorias que aparecieron en la edición mexicana son apócrifas, mencionando que no se logran explicar la razón por la que éstas se publicaron. Ni el texto apócrifo ni el verdadero agregan o le quitan nada a la figura del general y a su significado. Pasan los años y no sucede nada, hasta que un escritor chileno, opositor a Pinochet y exiliado, Eduardo Labarca, escribe una novela *Cadáver*

tuerto (también en el sentido de cadáver excelente). En esta recientísima novela -en la que un juez trata de arrestar a un ex dictador internado en una elegante clínica- un actor de periferia, Lautraro, falsifica las memorias de un heroico general asesinado por el dictador, ahora casi demente y aferrado a su demencia senil para escapar a la condena. Así como en la novela se reconocen de inmediato las figuras del juez Garzón y de Pinochet, se entiende, con igual evidencia, que Lautraro es Labarca; el falsario es el novelista, que años antes escribió las memorias apócrifas del general Prats.

Quizá solamente hasta ahora, él toma conciencia de su falsificación y de lo que ello implica; quizá sólo en la sublimación de la escritura novelesca -por lo menos así lo escribe él en un artículo que hace unas semanas apareció publicado en el periódico chileno La Tercera- reelaboró, inconscientemente, su imitación, ya envejecida y removida por los años. En este punto, la vicisitud deviene un capítulo de la universal historia de las relaciones entre literatura, verdad y mentira. Labarca decide poner abiertamente las cartas sobre la mesa; si esa antigua ficción material lo llevó a la ficción literaria, ahora esta última debe conducirlo a la verdad. Más bien se preocupa porque las hijas del general Prats -una de las cuales fue embajadora del nuevo Chile en Grecia- se enteren de esa verdad directamente a través de él; en vez de que lo hagan indirectamente, a través de su novela; y, antes de publicarla, les pide que lo reciban y les narra todo a ellas, en un encuentro abierto y cordial. Las hijas lo acogen benévolamente, porque, tanto en sus ficciones -esa falsamente verdadera de las memorias apócrifas y aquella explícitamente inventada de la novela, que, sin embargo, devela la verdad de los hechos reales- como en su toma de posición política, Eduardo Labarca le rindió honor al general Prats.

Sin embargo, surge la pregunta sobre los motivos de ese antiguo falso, sobre las razones que llevaron a Labarca a cometerlo; una interrogante que ha levantado discusiones por todo Chile. El falsario confeso y arrepentido dice, en un primer momento que, en aquellos tiempos oscuros y terribles de dictadura, esas memorias inventadas -el texto de las auténticas había desaparecido y, de todas maneras, era desconocido- parecían útiles para incitar a la rebelión, con las palabras de un soldado de gran prestigio, a los militares que dudaban sobre su posición política y que no estaban alineados al régimen.

Pero si esos podían ser los sentimientos de ese momento, hoy el autor confiesa que, inconscientemente, sucumbió al perverso sentido de la política -perversamente acentuado en ese periodo- cual lucha sin exclusión de golpes, manipulaciones, mentira. Él afirma que su apócrifo fue un acto inútil e injustificable, dictado por la arrogante convicción, fuertemente difundida en esos años, de poder decidir, en nombre de la revolución y del futuro del pueblo, por los otros e incluso de poder hablar en su nombre. Hoy, el clima político es diferente, el retorno de la democracia en Chile y a la vez la caída de los regimenes comunistas y de las utopías revolucionarias -que también han permitido el retorno del juego de la invención literaria- sacan a la luz, según Labarca, la bajeza de ese engaño.

A partir de Goethe -que trastoca las partes entre poesía y verdad y se enamora de Lotte para escribir el Werther; pero también escribe el Werther para enamorarse de Lotte, como escribe Baioni-, el escritor moderno es esencialmente un falsario, pero Labarca, que tiene todos los papeles en regla para pertenecer a esta confraternidad, denuncia su violencia y su aridez. Acusándose, él les contesta polémicamente a aquellos que, en la controversia, han salido en su defensa. Asumiendo sobre sus hombros la plena responsabilidad de lo falso, niega haberlo escrito -en Moscú, en donde estuvo exiliado- por "orden del Partido Comunista" y le replica ásperamente a un dirigente del mismo partido, según el cual las memorias apócrifas no pueden ser consideradas embustes porque no alteran ningún hecho y sí inspiran al más alto respeto hacia el general Prats. Labarca replica que, en cambio, él alteró incluso el lenguaje del general, haciéndolo expresarse en un estilo que no era el suyo; el novelista se acusa del peor pecado que pueda cometer un narrador, el de imponerle a un personaje un lenguaje incoherente con su naturaleza, haciéndolo hablar artificiosamente. Él dice que el único gesto de respeto hacia el verdadero general ha sido la utilización, en las memorias falsas, de muchos de sus discursos auténticos. En este mea culpa también hay rencor hacia los ex compañeros: Labarca es un ex comunista, papel ayer noble y hoy a menudo protervo, porque, mientras los grandes tránsfugos de ayer del comunismo -los Koestler, los Valiani, los Sperber- lo desenmascararon precisamente porque siguieron siendo fieles a aquellos ideales de redención que habían aprendido del comunismo y que él había traicionado, precisamente muchos ex comunistas de

hoy cuelgan los hábitos de esos ideales de redención, de tal suerte que, antes que liberarse del error comunista, lo confirman y refuerzan con un anticomunismo igual y todavía más carente de humanidad. En todo caso, Labarca asumió, con gran corrección, la plena y única responsabilidad y se negó a proporcionar cualquier nombre de posibles cómplices en la falsificación. Puede ser que, como él lo espera, esta vicisitud contribuya a una mayor toma de conciencia de los delitos de ese periodo por parte de todo Chile, en el cual, como sucede, mucha gente no quiere saber y no haber sabido nada. Labarca espera que su “deseo de reparar” ayude a hacer resonar alta “la voz auténtica” de Prats. La literatura es manipulación, falsificación, embrollo y mentira, pero lo que la hace vivir es su nostalgia de la verdad y de la vida: aquel general que estalló por los aires junto con su mujer es más grande y misterioso que sus retratos verídicos, presuntos o apócrifos. n

Traducción del italiano de María Teresa Meneses